APOLOGÍA DE LOS PALOS dados

AL EXCMO. SR. D. LORENZO CALVO

Por el Teniente-Coronel D. Joaquín de Osma.

PUBLICA EN OBSEQUIO DE LAS ARMAS Y LAS LETRAS

EL LICENCIADO PALOMÉQUE,
Pretendiente de Varas, y soldado Voluntario
( porque Dios quiere ).

NUEVA EDICION,
QUE ES LA PRIMERA DESPUÉS DE LA ÚLTIMA
CON NOTAS DEL DR. ENCINA.

Cádiz: Por D. Manuel Santiago de Quintana,

1811.
ENTRADA DE PAVÁNA,

que arrancando en apóstrofe acaba en dedicatoria,
y por tanto no se llama así ni así.

¡O tú, protomártir inimitable de la libertad de la imprenta! Preso aquí, descalabrado allí: acá mercante, allí Intendente, acáula Presidente: Corregidor allen-de, corregido aqüende: tú que... cárate Central, cárate centrífugo: ya Consejero, ya deseacconsejado: ayer Rey en Sevilla (1) y... al cabo al cabo tú que naciste Calvo y Calvo morirás! si hasta el lecho donde yaces mal ferido de los huesos de tu calvario, penetraren los ecos de mi voz carraspeña y ahogadiza de pura pena por tus malandanzas; oíreme, ó lee estas cuatro páginas á buena cuenta de las tantas por quantas que llevo yo leídas, rasgueadas por esa tu tajante pluma de dos cortes. Leme, te ruego, estos rudos borrones, sino con agrado, á lo menos con la paciencia que tanto malignos como benignos lectores hemos prestado a tus escritos incomparables. Ni te esquives ni amohnes del título de este, imaginándote que me pundo hacia tu parte contraria: nunca tal daré yo márgen á que se diga de mí: en el fiel siempre, y siempre tan lejos de balancear hacia un partido como hacia otro, no temo que na-
die me tache de parcial ni apasionado. Prepárate, pues, á oir verdades bien imparciales, aunque en son de Apología.

En efecto, Sr. Excmo., si yo intitulo este papel *Apología de los palos dados á V. E.* quiero que entienda que no es sino porque los que tan mal parado me le tien- nen, creo yo que son y se deben tener por palos dados, no debidos: que esta di- ferencia hay de lo uno á lo otro, que los palos que se dan no se deben; porque en- tónces no se dirían bien dados, sino paga- dos. Y nada de palos debía á V. E. mi Teniente-Coronel, sino una contestación punto por punto á los artículos de la Fé de erratas, y un contrapunto á la solfa de claridades que V. E. le canta con su piquito de oro.

Hecha esta ligera salva, paso á expo- ner mi dictámen sobre el consabido asunto con aquel género de imparcialidad que V. E. usa quando habla del próximo; aun- que duda poderla imitar con toda pro- piedad el mas especial admirador de V. E.

*El Lic. Palomeque*

Cádiz 18 de Febrero de 1811.
Nueve meses casi eran pasados después que la Suprema Junta Central sintiéndose con dolores y fatigas de muerte, había abortado el Consejo interino de Regencia, concebido en pecado desde el primer instante de su ser natural; y todo este tiempo había que el Ex Central D. Lorenzo Calvo gemía en el centro de un calabozo, mientras los demás Concentrales, si mal se piensan y no bienquisitos, vagaban por lo menos al aire libre por los pueblos de la circunferencia del Reyno. Esta señalada distinción en que no tenía más compañero que el malogrado Conde de Tilly, había exasperado tan amargamente el ánimo de nuestro preso, que cuando a duras penas llegó á conseguir su libertad, salió de la prisión ciego de rabia y despecho, y como toro agarrochado (digamos) saltando barreras y matando a la gente.

La libertad de la imprenta que se acababa de decretar en aquella sazón, le vino de molde para derramar anhelantemente correr la cólera reprimida que tenía en las entrañas. Él, pues, fue uno de los primeros que estrenaron el decreto de esa mas suspicada que bien aprovechada libertad, en uso de la qual publicó el folleto titulado «Reglamento que dio al Consejo interino de Regencia la Suprema Junta Central.»
Sin entrar á calificar el contesto de este escrito, á todo ente racional solo con oir el título, le salta luego á las mientes la impertinencia de la Suprema Junta Central, que nació reglamentando, murió reglamentando, y se dexó el principal reglamento por hacer. Triste cosa es verdaderamente que habiendo publicado tantos reglamentos como se cuentan desde el de las Juntas Provinciales hasta el de los Coches, al cabo de la jornada muriése la Central sin reglamento (2), semejante (s alza la comparanza) al asno de la Fábula que, cargado de aceyte, murió a oscuras y sin candil.

Mas volviendo al papel del Sr. Calvo, da grima ver el desconcierto con que el infeliz, turbado el seso con tanto padecer, enarbola la pluma, no atinando á formar letra sin dexarse caer mil borrones sobre los nombres de las personas que él trae allá entre cejas. Al verle desanadado tirar tajos y mandobles contra todos aquellos que va diciendo por sus nombres, se me antoja ver un hombre frenético de corage que apañando una espada por el filo con ambas manos, descarga abarri-co golpes furibundos sobre todo yente y viniente; sin sentir que se hiere á sí propio mas que á nadie, hasta que ya fresco se ve la sangre y las lucidas. ¡Qué lastima de Caballero!

Su tirria se dirige señaladamente contra los que se figuran pueden haber tenido alguna parte en su encarcelamiento, ó en el revueltan de la Central. Los primeros que se presentan á su espantadiza fantasia son aquellos que pade-
cieron cárcel y persecución debajo del poder de él y sus dignísimos compañeros; y de ellos a los que mas busca el cuerpo es a los que por desgracia de su buena opinión fueron nombrados por el Pueblo Sevillano individuos de su última Junta Soberana. Mas contra quien se descerra desapoderadamente es contra el Marqués de la Romana y el Conde del Montijo; contra aquel, diciendo; y contra este, amagando a decir. Conócese empero, aunque nada dice (3), el pío por decir cosa que le hiera; el qual nunca puede igualar al que algunos tienen de que se desmande articulando agravios, para contestarle de un modo que le haga fuerza: (se entiende peleando de pluma á pluma, nó de pluma á garrote, que me parece lucha desigual).

Comoquiera, al Conde le nombra con este circunloquio: "Hagamos (los Señores Calvo y Compañía) hagamos ver y sepa la Nación por qué estaba preso el Conde del Montijo, que desde su prisión ha sido elevado al mando." Y al Marques, con elogios del tenor siguiente: "Sepa enfin la Nación que el decantado Romana á quien se mira como un héroe, ha jurado al intruso Rey, admitido de el la gran cruz de la Legion de Honor, y que vino á España porque le obligaron á ello sus soldados; sepa además que es un hombre distraído, sin opiniones fixas y sin aptitud para el mando." (Y perdón se dice.)

Todos los hombres célebres tienen sus parciales y privacyados: al Marques no le faltaban. Uno pues de estos, hombre de espada y plu-
ma (aunque otra parece que es el arma que mejor maneja) salió al quite embozado con el anagrama de J. Amso, que según declara el Sr. Calvo, y ha acreditado después el suceso, es el mismo mismísimo Sr. D. Joaquín de Osma, Teniente-Coronel del Real Cuerpo de Artillería: sugelo que si no era muy célebre en los fastos militares y literarios de España antes del día 26 del que rige, ya sería de los más nombrados en Cádiz, la Isla y sus adyacencias; y si soplán buenos vientos, pronto volará su fama de levante á poniente, merced á la gentil fechoría á que acaba de poner cima en el susodicho día, mes y año.

Este Caballero Militar, como iba diciendo, contestó al papel del Sr. Calvo con otro titulado «Observaciones sobre el libelo publicado por D. Lorenzo Calvo de Rozas», teniendo la prevención de no echar de un envite todo el juego, antes bien se reservó para lugar y coyuntura un triunfo recio de bastos con que arrastrar de firme. En esta ocasión no puedo menos de admirar la moderación del Sr. D. Joaquín que teniendo carta blanca, mediante la libertad de la imprenta, para decir de su cuenta y riesgo cuanto se le viniere al magín contra su contrincante, puede que no lleguen a una docena los baldones que le dice; y esos en papel muy decente y en una letra inglesa muy linda; y lo principal, escrito todo con tal suavidad de estilo, que da tentación de sueño el leerlo. Ahí está sinó el mismo papel que no me dejará mentir: vendese en los puestos acostumbrados á real y medio de
vellon, nó á 2½ como ha errado el autor de la Fé de erratas.

Otra circunstancia debo no omitir en recomendación del Sr. Osma: que no es como otros Coronistas encomiásticos que en atraviesándose cualquiera chirimola, no se acuerdan más de su hombre. Nuestro Teniente-Coronel no pierde de vista á su General, á quien acompaña al Norte con todo su ejército, siguiendolos por sus marchas contadas allá al "Jutland en puntos tan separados como Rippen, Flensbourg, Hadersleben, Rolding..." y en fin medio mapamundi, que la ruta es larguísimas. Cuenta luego mil gracias, y mil virtudes, y otras tantas hazañas de S. E.; y en suma, dice en su elogio y defensa lo que le parece, y lo que yo no debo repetir por no quebrantar corazones, renovando duelos, particularmente á los desgraciados Asturianos y Extremeños, para quienes cada gracia que se constase del Sr. Marques sería un golpe mortal que les renovaría las llagas de sus entrañas (4). Es el caso que mientras el Sr. Amso bebía los vientos por sacar á salvo á su Xefe Romana, á este buen Sr. que siempre tuvo raras aprehensiones, y solía salir por donde más se pensaba, le vino de repente la humorada de morirse, unos dicen que de pena por el papel de Calvo, y otros que de gusto por el papel de Osma; y yo digo que tal vez S. E. no leería uno ni otro: pero morir, lo que es morirse, se murió. Y no es el dolor solo que se muriese, sino que esperase á hacerlo en ocasión tan crítica, dexando feo á su defensor que acababa de "emplazar ***
y denunciar á Calvo como calumniador ante aquel ilustre General?" con cuyo fatal accidente habrá, creo yo, que diferir la diligencia hasta el día del juicio. ¡Oh qué de cuentas se ajustarán, y quantas calaveras se verán aquel día!

Bien ageno entretanto de que su General se dexase así morir como un simple paisano, se paseaba triunfante nuestro Artillero echando plantas por la derrota de su malandrin competidor, olvidado de la máxima militar de que no hay enemigo pequeño, y, sin sentir qué debaxo de los pies le estaban minando la tierra que pisaba; quando ¡bom! reventó la mina. Salió á luz un nuevo cartapel de D. Lorenzo Calvo á nombre de L. Carcaxada y con el título travieso de "Fé de erratas que deberá añadirse á las observaciones o libelo (5) que con este título ha publicado el supuesto y disfrazado J. Amso." Y salió a vueltas de el otro de la misma mano y pluma con un título que parece de comedia famosa (6), que luego me he temido ha de parar en tragedia, quando he visto que la Fé ha acabado como entremes.

Aquí es donde el impertérrito D. Lorenzo, de embozado á embozado, se las tira de fuerte con J. Amso arrojándoselas si arrojóselas, hasta darle con vayna y todo. ¡Qué de estocadas me le planta uñas abaxo! ¡qué de golpes me le enderezas uñas arriba!... Por Dios juro que si juega la espada como la pluma, no digo yo á pocos pasos como en Zaragoza, sino á cien leguas es hombre para desafiar á los Franceses todos quantos son y han sido desde los doce Pares!

Sin embargo, la táctica de nuestro Carranza
en los combates de pluma es bien sencilla: tal y tanto que cualquiera, aunque sea zurdo, la puede aprender sin libro en menos que lo digo. Toda ella está reducida á dos solos puntos: 1.ª no tener aprensión por nada; 2.ª llevar siempre la contraria, y dé donde diere. Sin mas lineas ni ángulos me atrevo yo á sacar tan diestros esgrimidores de pluma como el mismo Sr. Calvo: tan diestros digo, que tan osadós es imposible: pues la osadía ni se enseña ni se aprende: y la de D. Lorenzo ni tiene exemplo ni pienso que debe darle. Con efecto, en este Caballero, militan circunstancias que no en todos concurren; pues al fin, aunque hoy ande como un Don-Nadie (para el caso), ayer la vimos con horca y cuchillo mandando como un gerifalte, dos dedos de ser un Rey coronado: y como tal se puede atrever á cosas de que se guardará bien ningún hombre llano, aunque sea Licenciado. Yo no sé que se tiene esto del mandar, que imprime carácter indeleble para mientras se vive. ¿Quién dudará de lo que ha sido el Sr. Calvo? A legua se le luce. ¿Qué nobleza, qué magesstad en la expresión! ¿qué insistuir como al desden las cosas mas graves sin descender jamas á la humillación de probarlas!(7)

A la verdad que esto de no soltar palabra de los labios, como hacen algunos, sin su refuerzo al flanco de hechos ó razones comprobarantes que la apoyen, ello puede ser muy bueno, pero es muy cansado y propio de gente ordinaria y desautorizada que no se juzga con accion bastante á ser creida sobre su palabra.
Mais el Caballero Calvo sabiendo quanto vale y quanto pesa una palabra de honor, y revestido de toda la dignidad semi-realenga que exerció allá quando Dios quería, pretende darnos no menos que por palabras de Rey sus palabras houradas. Aun quiere más: como hombre de genio, que sin duda es, nuestro original Caballero se tiene allá su crítica d-lui (llamémonla así) por la qual cree buenamente que hoc-ipso que S. E. profiera una palabra, hérteya una verdad, y como tal debe correr mientras tanto que alguno, si le hubiere tan atrevido que dudare, no pruebe que Calvo carece de razón. Y ¡triste del que puesta á la prueba no la haga á su placer! En el caso de Romana tenemos un exemplo vivito: porque mi Teniente-Coronel sin pruebas que le hagan fuerza á dicho Sr. mio ha sido osado á dudar de lo que este dice en su filípica contra el difunto; por tanto pide D. Lorenzo que mientras el Marques no lo pruebe mejor, al Artillero se le castigue como á un embuster o detractor." De manera que si se decreta como lo pide la parte, y si en palos verbi-gracia han de dar el castigo al reo, largos palos amenazan las costillas de Jamso. Mas puede que se vuelvan las tornas; porque á las veces pagan justos por pecadores.

Ahora pues, como al Sr. Calvo, según las reglas de su crítica, no le obliga la probanza, no hace mas que soltar el cascabel diciendo lo que quizá no diría, si tuviera que probarlo; y hablando en términos muy propios y castizos, si se quiere, pero que no son de uso muy corriente entre toda clase de personas, amén de
otras originalidades que son más para admiradas en él, que para imitadas de nadie. Y pues el suero del no-probar no me alcanza á mí pecador, citaré algunos ejemplos para que mejor se vea el modo de frasear del autor de la Fé, y la facilidad con que dice lo que con dificultad probaría, aun siendo que fuese cierto y verdadero. Sirvanos de verbi-gracia el Sr. de Osma.

A este Caballero le nombra y califica, entre otros, con los epítetos y piropos siguientes. En primer lugar le dice sin perifrasis ninguna que es un embustero; y luego le pone de calumniador; y mercenario le llama repetidas veces; y le dice en propios términos que es hombre que no entiende de nada; y después le planta los dos aduminículos de triste Militar y perverso Ciudadano; y últimamente para coronar este ramillete de flores, le echa en cara que abusa de la libertad de la imprenta. Pero el donayre está en que todas estas galanterías se las canta usando (son palabras de Carcaxada) de la moderación que J. Amso desconoce.

Yo no sé que para reproducir ó ratificarse (no hablamos de probar) en la media docena de proposiciones que el Sr. Consejero Calvo estampó contra el Sr. General Romana, fuese necesario molestarse adjetivando tan profusamente al Teniente-Coronel Osma; como ni entiendo que para demostrar que Osma abusó de la libertad de la imprenta, sea preciso que Calvo abuse tanto y más que él. Lo que sé y entiendo es que si el Central le echa al Artillero encima toda la ley de su crítica obligándole á probar no más que lo contrario de
lo que S. E. dice contra él en la Nota ó lo que sea de la Fé de erratas, no le faltará á mi Teniente-Corónel en que entretenerse por algunos días. Pero contra estos siete vicios hay siete virtudes: quiero decir que si el Sr. Calvo tiene su crítica peculiar, también el Sr. Osma se tiene su lógica peculiarísima. Mas esto pica en historia, y para contarla quiero antes cortar la pluma,—¡Bravo!—Aquí pido toda la atención de mis lectores.

De divertir melancolías y desechar mohina volvía de paseo una tarde (sábado 16 del corriente) el valetudinario D. Lorenzo Calvo de Rozas, acompañado de un D. Tal de Mené- ses; cuando al avistar, por la calle del Veedor, la alegre plaza de aquel bendito Santo abogado de las cosas perdidas (San Antonio, por si nos oye algún profano); cata que sale de un zaguan armado de un robusto baston un Caballero con espada de grana al pecho, Oficial de Artí- llería, y á su lado un Xefe Superior de la misma arma (nó baston): el qual Caballero Oficial del palo emparejando con el Ex-Central sobredicho le apostrofó en esta breve saluta- ción: ¡me conoce Vd.? Miróle el enfermizo con desatentados ojos, y al contestar llamanente: me parece que sí (palabras terminantes), sin que mas cumplimentos mediasen del sano al doliente, el armado enarboló el garrote y apuntando al desarmado, le descargó tan cru- do golpe sobre lo mas alto de su persona, que sin ser poderoso á sostenerse dió con su pobre humanidad en tierra.

El Menéses que comprendió por este exábrup-
to el enérgico lenguaje de acción que gastaba el Artillero, trató de arajarle la palabra arrojándose á quitarle el instrumento: entretanto el Caballero Xefe borrado de oro miraba imposible la desigual pelea. Á la novedad de la escena, al estrépito, á la visualidad de los combatientes corren los curiosos, llegan mirones, acuden hombres, gritan mugeres, chillan muchachos, ¡Guardia! ¡la Guardia!“

La Guardia llega, y se halló con un espectáculo que aunque mas se repite en este pícaro mundo, siempre aflige á los humanos corazones: el débil por los suelos, y el mas fuerte encima. Encontró, digo, á mi Teniente-Coronel (que este era el apaleante) el cual con silogismos en bárbara estaba empeñado en probar á su antagonista Calvo que Osma es un alegre Militar y buen Ciudadano. Y, para que se acabase de verificar que la fuerza todo lo arrolla, la Guardia que obviamente debía dirigirse, no contra el paciente ni su honrado alátere, sino contra el agresor y su compañero según aquello de agentes y consintientes... pareciéndola ser Menéses persona agente por verle forcejeando para desarmar al Artillero (lo que hay autores que dicen consiguió), al inocente Menéses fué á quien asistió las puntas de sus vírgenes espadas.

En esto volvió Calvo de su parasismo, y al sentirse con un xeme de cabeza rota y una mano liñada (que por fortuna es la izquierda) prorumpió en aquellas interjecciones fuertes á que en tales casos provoca la justicia y la debilidad.
Osma estaba todo azorado y balbuciente como si él fuese el afrentado, (sin duda de puro honor.- Nosotros los militares somos muy sentidos en estas cosas de la negra honrilla). Enfin la Guardia hizo su deber: el Artillero fue arrestado á su casa-quartel; y el descalabrado, á su casa-posada: con lo cual todo aquel torbellino de gente desapareció como humo.

Ahora, pues hemos quedado solos, quisiera yo para alivio de mis entrañas que mis lectores me permitiesen ante todo hacer un apóstrofe (figura á que soy algo tentado) al brazo apaleador de mi Teniente-Coronel: que en seguida podrémos comentar el lance á todo nuestro sabor. Y digo así:

¡Oh tú, brazo secular y furibundo, descendiente sin duda del arremangado brazo del fiero garamanta Pentapolín: tú, brazo de hierro, que por lo duro eres tan digno de un rebenque ó rústico zurriago, como del baston de General: tú enfin que con tu largura y quatro palmos más de garrote alcanzas adonde no alcanza la razón ni las razones de tu dueño! (8) suelta esa arma grosera, y estás atento, mientras te digo á lo inémos que si como soy un triste Licenciado, fuera un Rey de corona y cetro, al momento te mandaba embalsamar y te guindaba con garrote y todo en lo mas eminente del lugar consabido, con una rotulata pinjante que en breve relato recordase el proceso de tus hazañas (si es que otra has hecho), para que de labio en labio se transfiriese tu memoria hasta las últimas generaciones del mundo.
Desahogado así inocentemente mi corazón, ahora entra la dificultad: utrum si los palos estan bien o mal dados. Sobre esta cuestión peligrosa quisiera yo tomar un sesgo que a todos nos estuviese bien: me explicaré. Pues los palos dados o prestados o como sean (que eso Tribunales hay que lo declaren, y yo estoy poco dueño en esto de Palografía); pues los palos, digo, al cabo no hay ley ni las Cortes la pueden hacer para quitárselos de encima al apaleado: veamos por lo menos cómo, disculpándolos de mala y abominando la intención, a este le aliviemos el dolor de haberlos recibido, y al dañador el pesar y vergüenza que de haberlos causado le debe abrasar, a tener (como dice el otro) algún resto de pudor.

Señor, mi Caballero Oficial se veía picado por las razones y sinrazones del Ex-Central contra sus razones y sinrazones. Para despacérselle era menester una de dos, ó por mejor decir, una de tres: papel al canto, querella ó desafío. El escribir es largo, el litigar costoso además, y el batirse muy expuesto.--Vamos por partes.

Papel al canto.-- Para reñir pendencias, especialmente sobre personalidades, en los tribunales de la República Literaria, se necesita tener gracia y justicia; y mi Teniente-Coronel conocía bien que lo mucho que le falta de lo primero no lo podía suplir con lo poco que tenía de lo segundo: por cuya razón patética no quiso contestar. Y otro como prudente, eso es aparte.
A mayor abundamiento: el incorruptible tribunal del Público no es como los tribunales de por ahí, donde en sabiendo pergeñar los bártulos con buen agüilibus, en teniendo amigos (que nunca faltan) y pesetas (que nunca sobran) se prueba lo mismo el si que el no.- Ergo no debía escribir.

Litigar.— Ménos; por esto, por lo otro y por lo de más allá: tres razones que al que no le hicieren fuerza, yo que soy Licenciado le daré otras que no quiero decir porque no se sepan: pero si mi Sr. D. Lorenzo las quiere saber, no tiene mas que preguntar por el Lic. Palomque, Barrio de la Verdad, casa sin número.— Conque, quedamos en que pleytear, por ninguno capítulo.— Pasemos al de Desafío.— Aquí es donde me temí yo que el Caballero Oficial se nos precipitaba: mas como no es un Oficial cualquiera, sino un Oficial facultativo que á lo militar reúne lo literato; y los literatos tienen tanto horror á los duelos; mi Teniente-Coronel tomó la cosa filosóticamente, y deseándose de carteles, padrinos, partir el sol y otras antigüallas, fué y partió de por medio echando la diagonal consabida: y acometiendo según el refran de ruin á ruin la jugó de antuviendo peleando, digamoslo así, á la rústica y con arma de villanos, como se estilaba allá en tiempo de Caín. En una palabra, nuestro Artillero tiró á que no se verificase una pelea de hombre á hombre según las leyes del honor: mas claro, tiró a batir sin batirse, ó sin exponerse á ser batido, que viene á ser lo mismo.
Verdaderamente que esto de exponer su personita, á mi Teniente-Coronel á ley de buen patriota no se lo podía consentir el corazón ni la conciencia: porque si cruzaba espada con el caballero Calvo, diablos son bolos y no sabemos cómo se podía enmarañar la zambra, ni quien sería el acuchillado, que al cabo donde las dan las toman. Retraído sin duda por estas patrióticas consideraciones, no quiso nuestro Caballero Oficial aventurarse á morir, por no privar á la Patria, lo primero de un defensor, ten de un Oficial, y de un Artillero que es otro íten más: y así trató solo de asegurar el golpe dando á man-salva sobre su competidor.

En nada me parece á mí que ha andado tan prudente mi Teniente-Coronel como en no tomárselas con todo un D. Lorenzo Calvo de Rozas, Corregidor, Presidente y otras yerbas, hombre (si ya no es mas que hombre un cachidiablo, aquel) á quien se le caen las bombas y granadas muertas á los pies (9). Al contemplar este fenómeno, yo confeso de mí que no me tengo en menos que el mas pintado, pero juro á tal que antes de tra- varla con tal ente, haría bien mis mementos. El Artillero los hizo, y falló en consecuencia ataque brusco: dicho y hecho. Y no se hable más en el caso.— Recapitúlemos.

El Sr. Calvo no ha hecho nada en este particular, porque ha sido la persona que padece: de consiguiente no hay de que culparle ni disculparle.

El Sr. Osmia en esta acción ha hecho lo
que ha podido dándose á conocer distinguida-
mente así en lo literario, como en lo mili-
tar y político. En lo literario, no escribiendo,
y así no tendrán que criticarle: en lo militar,
acreditando que sabe atacar sin ex-
poner sus fuerzas: y finalmente, en lo po-
lítico, porque ha ahorrado diligencias y gas-
tos de escritorio juzgando por sí y ante sí,
y siendo á un mismo tiempo parte, juez y
executor de la justicia. — He dicho.
Cádiz, fecha ut-supra.

El Lic. Palomeque.
(1) En el frónsis de El Patriotismo perseguido se
astampan uno tras otro todos los dictados y empleos
(que son y la et-cetera) que D. Lorenzo Calvo
ha tenido la bondad de admitir en las actuales pre-
sentes críticas circunstancias, por hacer estos servi-
cicios más a la Patria; y son los siguientes que co-
pio á la letra en obsequio de dicho Caballero y á
beneficio de los que no quieran comprar su papel.

Representante de Aragon en la suprema Junta
Central, Secretario de las Cortes generales celebradas
en aquel reyno en 9 de junio de 1808, Intendente
general del mismo y su exercito, Corregidor y Su-
perintendente de Policia de la ciudad de Zaragoza y
su Partido, Presidente de la suprema Junta de Ha-
cienda, Subdelegado de todas rentas reales y de la
de Correos, del Consejo de Estado de S. M. etc."

(2) Tal vez objetará á mi Licenciado algun Po-
litecnico iniciado en los misterios de la Central que
esta Suprema Junta (que en paz descanso) se hizo
su Reglamento correspondiente, pero que no le publicó
por... — Que no le publicó es lo que consta; y
mientras no le publicó, ni pudo ser ley ni regir á Rey
ni á Roque; sería á lo sumo una múnita secreta.

(3) Ante nota. * (Entre paréntesis, se previene
caritativamente á los lectores que esta nota es algo
dura y tira señaladamente á las cabezas; para que si
hubiese alguno blando de mollera, se ponga las manos
y brinque por la nota como Dios le diere á enten-
der.) * Si nada dice, sin duda es porque nada
sabe ni se atreve á decir en su ofensa; que no
creo yo á D. Lorenzo hombre de quedarse en el
buche con lo que pueda ofender al próxico. Aun
ese amago que hace estoy persuadido de que no le
haría, si él lo estuviera de que quien concito la in-
dignacion de los pueblos contra los Centrales en su
última egira de Sevilla á Cádiz, no fué el Conde del Montija ni otros buenos Patriotas á quienes Calvo y compañeros mártires llaman fáciosos. Del monte sale quien el monte quema: los Centrales mismos, con su presencia, atizaron el fuego de ira y de venganza que ardía en todos los pechos españoles contra los que, derramando los tesoros y la sangre con que las provincias se habían desentrañado por redimirse de la dominación que amenazaba á su libertad e independencia, habían puesto á la Patria en el último trance con su torpe y viciosa gobernación.

Escala que los fáciosos han perdidó á España. ¿Y dónde están esos fáciosos? Los Centrales con sus fáciosos son como Bonaparte con los Ingleses, que en sueño y en vuelo los está siempre viendo bramándose los planes de su sistema filantrópico continental - ¡Fáciosos! ¿Aún nos querrían más resignados y sumisos?

Desenganémonos; si España no está ya libre, sí la Patria parece (lo que no quiero creer ni aún imaginar), de nadie es la culpa sino de los que nos han gobernado desde el negro de Mayo. La nación no se puede haber prestado mas docil y pronta á todo: recursos han sobrado; lo que ha faltado generalmente ha sido entendimiento u voluntad en los que, dueños de la general y absolu ta que se les contó desde luego, no han usado de ella debidamente; en una palabra nuestro mal ha estado siempre en la cabeza. ¡Sín diemos algún día de esta raqueta!

(4) ¡Extremadura, Extremadura! patria de mil héroes y un vellaco á quien han hecho famoso el favor de un Rey cazador, y los favores de una Reyna antojadiza; no te entregues, Provincia heroica, á la desesperación por la muerte de tu General (o General del ejército que mantienes). Considera que si tu caro carísimo y tres veces caro Romana murio, murio porque nació;

"Pues todo el que nace muere;"

* La Gitana de Mémsis Santa Maria Egipecsca; Comedia famosa.
que el morir es deuda de todo viviente, según dice en mil textos la Divina Escritura, y demuestra quotidianamente la experiencia humana. Contempla que si se murió, no hizo en eso más que lo que han hecho los más célebres Generales del mundo: murió Hanibal; Viriato murió, murió también el Cid, y murió el Gran-Capitán. Y ¿qué! si había de ser menos el Gran Romano? Mas si murió Romana, vive y bebe Castaños; si aquel fue proclamado héroe del Norte, este es el proclamado héroe de Baylen, y á fé que no sé yo decir cual con más justo título. En él el insigne D. Xavier se olvidará pronto al apreciado, al respetado, al nunca vencido Marqués. Allá va. ¿Qué más podéis desear, Extremeños? Mil veces os he oido clamar por él: ahí le teneis: hacedle la alta justicia que se le debe. Justicia que no siempre se hace en este mundo, y que causa á las buenas almas estar esperando hasta el otro.

(5) Note el discreto, cayendo el título de este papel con el de Osma, que Osma racha de libro al de Calvo, y Calvo tilda de libro al de Osma. ¿Qual de los dos tiene razón? Yo creo que ambos.

(6) "El Patriotismo persiguido á tracycion por la Arbitrariedad y el Egoismo." ¿Qué de hombres en-vuelve el Ex-Central en este papel, de los que bien ó mal al cabo sirven á la Patria! Tiemblo, me horrorpilo, sincopízome de puro patriotismo, cuando oygo decir que nuestro infatigable escritor dá á luz un papel nuevo; porque á cada papel que publicas nos va cercenando tanto el número de los hombres benos, que si se logra imprimir una docena, no va á quedar más patriota ni más hombre de bien

---

* Renota. Honni soit qui mal y pense. Esto sea dicho para que lo entiendan algunos lectores picaños que lean este pasaje tándole un cierto ritornelo... ¡Cuidado como se lee!
que él en España; en cuyo caso ¡adiós, patria! porque el solo á pesar de sus buenos deseos, no creo yo que la pueda defender. ¡Los enemigos son muchos: el, uno; y al cabo

"Si muchos halcones
La garza combaten,
A fe que la maten."

(7) Sin embargo, una vez atestigua, pero á lo regio, con diez-mil presenciales que oyeron (dice) las balas, granadas y otros géneros de confusura que le cayeron á los pies (teniendo la atención de no lastimarle). Es verdad que esto, como es una especie de milagro, era menester probarlo en alguna manera.

(8) Con efecto en el célebre debate de la calle del Vencedor llegó Osma con solo su brazo y su garrote á poner á Calvo en términos, que todos los testigos presenciales (aunque no en número de diez-mil, los bastantes para hacer fe) estan contestes en el hecho de que vieron á Calvo que carecía de razón.

(9) Es tan estupendo y curioso el pasaje de la Fe de erratas donde se cuenta este portento, que lo he de trasladar aquí á la letra para asombro de algunos lectores. El Sr. Calvo dice por boca de Carexada, que "presentará diez-mil testigos que han oído el sonido de las balas y la explosión de las granadas y bombas que le han caído á los pies algunas decenas de veces; y que le han visto con la espada en la mano á pocos pasos de los enemigo; animando al pueblo y á la tropa que defendía á Zaragoza en su primer sitio." - No se pude hacer ni decir más.
APOLOGÍA

DE LOS PALOS.
DISCULPA DEL IMPRESOR AL AUTOR,
que puede servir de disculpa general de los impresores de Cádiz a los autores de todas partes.

El Sr. Licenciado se me queja agriamente de que habiéndose quemado S. mrd. las cejas para que este papel saliese al público como nuevo y al caso, se tarda tanto en la impresión que ya cuando salga será tan viejo como un calendario nuevo del año pasado. S. mrd. tiene razón; pero el impresor no tiene la culpa. Los autores han dado en quejarse de los impresores; y el público, en quejarse de impresores y autores: el público, por lo que se imprime; y los autores por lo que se tarda en imprimir. Al público satisface los autores; que el impresor no debe satisfacer sino al autor que le paga: en cuyo caso debo yo decir que Cádiz es un pueblo donde siempre ha habido más letras de cambio que de imprenta, y así no es maravilla que no se pueda imprimir bien y pronto quanto discurren y sueñan el encañambre de escritores que ha engendrado el decreto de la libertad de la imprenta. Este decreto es muy útil y provechoso, pero si no se le pone algún apéndice, será como aquel decreto pontificio del año del hambre, con cuya ocasión exclamó un poeta de repente:

"¡Ya tenemos una bula
Que comer carne constente.
¡Así tuviéramos otra
Que mandara que la hubiese!"

Esto último parece que no lo pudimos conseguir de nuestro santo Papa. Pero ni tampoco es menester que se mande precisamente que haya impresoras; basta que se mande que haya quien las sirva: lo cual se conseguirá con solo relevar del servicio ordinario de las armas á los impresores militares de esta Plaza. Se entiende, del servicio de parada: que si es necesario ir contra los enemigos ¡Santiago, y á ellos! los primeros seremos los impresores.
SERIA REPRIMENDA

del Dr. Encina á los Sres. Calvo y Osma.

¿Es posible, Caballeros, que se han de olvidar vds. de lo que se deben á sí, al Público y sobre todo á la triste Patria, hasta el extremo de producirse cual ducho se produjese el hombre de menos obligaciones? ¿Es posible que se han de abandonar á sus mezquinas ren-cillas con tal obsecucion que no adviertan se hacen el escándalo y la irrisión de Cádiz? ¿Es posible en fin que las buenas prendas, y la razon y justicia que respectivamente les asisten, las han de deslucir en términos que vds. Sr. D. Lorenzo, se haga (séanle lícito una vez llamar las cosas por sus nombres) tan aborrecible quando tiene justicia, como despreciable vds. Sr. D. Joaquin cuando tiene razón? Por su vida, Sres. que consideren la extremidad á que se halla reducida la Patria, esta Patria de cuyo amor tanto vds. blasonan y á la que uno y otro han hecho sin duda buenos servicios: y que contemplando quan á duras penas hemos conseguido la sombra de libertad de imprenta que gozamos, no la desaprovechen ni corrompan, dando ocasión á que vociferen y abulten sus perjuicios los enemigos de este santo derecho; que lo son todos quantos viven de errores, aborrecen la luz porque temen ser vistos.

Vuelvan, vuelvan vds. en su acuerdo; miren por su decoro y el de la Nacion; y empleen en servirla, el uno la energia de alma de que le ha dotado el cielo, y el otro los conocimientos de su profesion de que tanto necesita la Patria.

Asi se lo ruega encarecidamente S. S. S.

EL DR. ENCINA,